

CUANDO LLUEVE A CANTAROS

El calendario colgado de la pared cayó, una ráfaga de viento fuerte y frío irrumpió por la ventana abierta; el aire se arremolinó en el cuarto de desnudas paredes de cemento; las hojas de un viejo periódico, olvidado en una pequeña mesa de madera, emitieron un murmullo con el contacto del aire que soplaba entre sus páginas. Las hojas ondearon, profiriendo un sonido parecido al estertor de pulmones enfermos, y se volvió a apagar.

En un rincón del techo, las hermosas líneas geométricas trazadas por una araña fueron desgarradas en silencio.

El calendario, colgado de la pared mediante un cordel, se balanceó como un pájaro ahorcado, y cayó.

Los ojos de Mahmoud El Ayidi vagaban a través del vacío del cuarto. Con la cabeza apoyada en la almohada y los gruesos zapatos negros que salían de la cobija, su gran cuerpo parecía no tener vida, manteniéndose entre el sopor y la tranquilidad, tendido en el punto de demarcación entre la vigilia y la inconciencia. Trató de levantarse. Su cabeza hizo un movimiento, luego sus pies se movieron en los gruesos zapatos negros, pero su cuerpo alargado seguía tendido bajo la cobija en un estado de entumecimiento y tranquilidad totales, como un cable eléctrico que hubieran cortado. Intentó por segunda, luego por tercera vez, pero fue en vano. Un ligero escalofrío de miedo lo sacudió, otra ráfaga de viento frío entró por la ventana. Un leve temblor atravesó su cuerpo y sintió que por fin éste se movía, y se sintió feliz. Un oleada de alegría lo recorrió, como si hubiera vuelto a encontrar algo perdido; y con un salto dejó la cama y se puso de pie. Empezó a palpase con ambas manos, el pecho, el estómago, las caderas y los muslos, aspirando hondo el aire frío del cuarto, conservándolo en los pulmones algún tiempo y expirándolo luego de un solo aliento. Cerró la ventana, recogió el calendario y lo miró fijamente.

“¿A qué fecha estamos hoy?”

Qué ruda sorpresa, Mahmoud El Ayidi acababa de descubrir que ignoraba la fecha de ese día, y su memoria despertó. Se encontraba cerca de la ventana, con la cara casi en contacto con el vidrio, la ventana de su cuarto en la ciudad de Deraa.

El cielo estaba claro, un cielo azul en el que los grupos de negras nubes se perseguían como caballos imaginarios que se apresuraban hacia su tierra, o montañas que se hubieran desprendido de algo y buscaran otra cosa con la cual fundirse, impulsadas por vientos fuertes; y el olor a invierno llenaba el universo.

“¿Qué fecha es hoy?”

Volvió a mirar fijamente el calendario que había recogido. La numeración de los días que sus páginas llevaban impresa no podía ayudarlo a identificar la fecha. Tal vez el calendario llevaba meses allí colgado sin que nadie hubiera arrancado sus hojas. El mismo había llegado a ese cuarto y se había encerrado allí durante varios días. Había recibido una carta de su ya anciana madre: “Hijo mío, mis días están contados. Quiero volverte a ver antes de morir.”

Su madre se encontraba en la patria.

Y todos los caminos están cerrados.

Mahmoud El Ayidi había decidido llegar a ese cuarto en Deraa donde se encontraban los contrabandistas. Ellos cruzaban la frontera haciendo el tráfico de cigarrillos, de mercancías y de secretos. Se había dicho a sí mismo, “Volveré, aunque tenga que hacerlo clandestinamente”, pero había descubierto que los contrabandistas no diferían mucho de las autoridades. Hacían el tráfico de cigarrillos, drogas, mercancías y secretos, pero ninguno estaba dispuesto a ayudarlo a pasar a él, el palestino.

Arrojó lejos el calendario, y se dijo: “Este calendario es una falsificación, sus días, meses y años datan del nacimiento de Jesucristo o de la emigración del profeta Mohammed (La Hégira). ¿Por qué no se imprimen calendarios cuyas fechas se refieran a la Historia palestina, desde el primer minuto del primer día del primer mes, del primer año, del principio de la Historia palestina, cuando fue quebrado el mundo en dos partes?”

Su aliento febril se había hecho más espeso sobre el vidrio frío de la ventana, dejando en él huellas brumosas. El mundo exterior parecía una pintura donde se mezclaban ilusión y realidad.

Los grupos de nubes en competencia se habían calmado, luego se fundieron y ahora caían; de pie detrás del vidrio le parecía que podía tocarlos con los dedos. Cayeron gruesas gotas de lluvia, luego la lluvia se virtió en torrentes, hubo una caída masiva de agua, un inmenso tifón que emparejó la superficie de la tierra. Los cerros, las calles, los puestos de control y los puestos fronterizos desaparecieron, y él corría con todas sus fuerzas.

“Madre. . . madre, voy hacia tí. . . Cayeron todas las barreras. . . y todas las manos que cerraban los caminos fueron paralizadas.”

Cuando volvió a despertar, su cuerpo estaba empapado, sus pies cubiertos de lodo, y los que lo rodeaban lo miraban con una mezcla de compasión y de burla.